



Jaque mate

SERGIO SARMIENTO*

Ninguno

“Las elecciones se ganan y pierden principalmente porque la gente vota en contra de alguien y a favor de nadie.”

FRANKLIN B. ADAMS

¿Por qué no quiero votar por el PRI? Porque no creo en el nuevo PRI. Porque veo que mantiene vivas las prácticas del corporativismo, los tratos de privilegio a grupos de poder, los acarreos y las compras de votos. Porque veo a los gobernadores priistas convertidos en nuevos sátrapas (“Sátrapa. m. gobernador de las antiguas provincias persas”) que hacen y deshacen a discreción en sus estados. Porque han dejado deudas públicas inaceptables, como la de Coahuila. Porque el PRI se ha opuesto a las reformas económicas más importantes, como la apertura de la energía a la inversión o el cambio en la legislación laboral, que habrían permitido aumentar el ritmo de crecimiento de México. Porque el PRI impulsó, junto con el PAN, la reforma electoral de 2007 que nos quitó derechos a los ciudadanos para dar más poder a los políticos.

¿Por qué no quiero votar por el PAN? Porque los panistas tuvieron una gran oportunidad, al llegar a la Presidencia de la República, para transformar el país y la desperdiciaron. Porque la guerra contra el narco, impulsada por el presidente Felipe Calderón, ha desatado una ola de violencia que daña a los ciudadanos mientras los políticos viven en su burbuja resguardada por camionetas blindadas y guardaespaldas. Porque los panistas buscan imponer su moral conservadora a los demás. Porque han promovido leyes, en colaboración con los priistas, para castigar a las mujeres que se ven obligadas a abortar. Porque quieren mantener la prohibición discriminatoria a los matrimonios entre personas del mismo sexo. Porque han incurrido en muchas de las prácticas corruptas de los anteriores priistas, como usar los cargos públicos para dar empleo a amigos y simpatizantes políticos. Porque, junto con los priistas, impulsaron la ley electoral de 2007.

¿Por qué no quiero votar por el PRD? Porque no creo en la transformación mágica de Andrés Manuel López Obrador. Porque no estoy de acuerdo en que se permitan y fomenten los bloqueos de calles y avenidas. Porque los perredistas se han opuesto a las reformas estructurales, como la apertura de la energía a la inversión y la flexibilización laboral, que habrían generado más crecimiento y empleos. Porque prefieren dar dádivas y caridad, que se traduzcan en votos, y no generar inversión y prosperidad. Porque con leyes como la Norma 29 defienden monopolios y buscan que los pobres paguen precios más altos que los ricos.

¿Por qué no quiero votar por el Partido Verde? Porque es un negocio privado que lucra con el dinero público que se entrega a los partidos políticos. Porque no defiende políticas sensatas para proteger el ambiente. Porque está a favor de la pena de muerte. ¿Por qué no quiero votar por Nueva Alianza? Porque es una maquinaria política personal de la maestra Elba Esther Gordillo. ¿Por qué no quiero votar por el Partido del Trabajo? Porque quiere hacer de México una nueva Corea del Norte. ¿Por qué no quiero votar por el partido antes llamado Convergencia? Porque es un negocio privado colocado a disposición de López Obrador?

¿Significa esto que no voy a votar el próximo 1 de julio o que me uniré al movimiento del voto en blanco? Para nada. La abstención y la anulación del voto equivalen a votar en automático por el puntero, que en este caso es el PRI. No les voy a dar esa satisfacción.

Voy a revisar las listas y votar por el menos malo. Quizá cueste mucho trabajo hallarlo. Pero es lo que nos permite la legislación electoral que tenemos.

ABORTOS

Un estudio publicado recientemente por la revista médica británica The Lancet señala que crecen más los abortos en los países en los que la práctica es ilegal que en aquellos en los que se permite. En donde está prohibido, además, muchas más mujeres mueren por malas intervenciones médicas. Al parecer si queremos menos abortos, y menos muertes de mujeres, lo lógico sería legalizar la práctica.

*El autor es periodista y analista político/comentarista de televisión.
www.sergiosarmiento.com

Columna huésped

GABRIEL GUERRA C.*

¿Invencibles?

Las campañas electorales tienen algo en común en cualquier lugar en que se lleven a cabo: Las sorpresas están siempre a la orden del día y los que se creen invencibles o inevitables suelen toparse con que los votantes son bastante menos predecibles y leales de lo que los políticos profesionales quisieran.

Así es como debe ser en cualquier democracia, pero tanto los políticos como los analistas y los expertos en todo y especialistas en nada suelen creer que la encuesta del día, o la foto del momento, son la realidad permanente. Hacen, hacemos, de cada instante una tendencia, de cada ventaja efímera el final de la historia. Afortunadamente ahí está la opinión pública, que siempre supera a la publicada, ahí están los votantes de verdad, los ciudadanos de a pie, para recordarnos y restregarnos en la cara que las cosas no siempre son como aparentan y que una golondrina, un sondeo, una encuesta, no hacen verano.

Tomemos el caso de los Estados Unidos, amable lector, para que nadie aquí en casa se dé por aludido. Hace ni siquiera un año, o un semestre, todos los expertos daban por hecho que el partido Republicano tenía todo para barrer con los Demócratas y su presidente Barack Obama en las próximas elecciones. La lenta o nula recuperación económica, la falta de definición política del presidente y sus pocos resultados concretos, el hartazgo de la población con el estancamiento, sumados al surgi-

miento de una nueva oleada conservadora aglutinada informalmente en el Tea Party confirmaban los pronósticos.

La oleada conservadora existe efectivamente, de eso no hay duda, pero ha resultado estar bastante más desorganizada de lo que se creía, y carece de liderazgos claros y de argumentos y lineamientos que aglutinen a las diversas fuerzas que desde la derecha pretenden transformar el statu quo estadounidense.

Para muestra tres botones, los que cierran, o aprietan, o enredan al partido Republicano: Por un lado los conservadores tradicionales, por así llamarlos, que son los que desde hace décadas controlan, o mejor dicho controlaban, no solo a partido y a su cúpula, sino también a sus principales aliados en Washington, en Wall Street y en los bastiones de la derecha estadounidense.

En años recientes, un movimiento que ha ido cobrando fuerza, energía y cada vez más adeptos, y de alguna manera transformando al partido, es el de los evangélicos, término que sirve para describir a los múltiples y no siempre coordinados movimientos religiosos que desde su aparición en escena en los ochentas se han convertido en motor de la movilización de almas, de conciencias, y sobre todo de dineros para los conservadores. Si bien no están unificados en una sola agrupación, los valores que promueven cargan los dados cada vez más hacia la derecha, y alejan a muchos votantes moderados que se sienten incómodos con la carga religiosa y a veces fanática de la nueva base republicana.

El Tea Party es de aparición más reciente y aglutina a una nueva camada de políticos que dicen no serlo, y que

aspiran a volverse parte de los círculos de poder en Washington al mismo tiempo que denostan a los “insiders” y al “establishment”. Estos neo populistas, creados a imagen y semejanza de la inolvidable Sarah Palin, han hecho de su dogma antigubernista un artículo de fe, que mezclado con la misma línea religiosa de muchos evangélicos los hace especialmente proclives a la demagogia y la charlatanería.

Hoy se mantienen en pie cuatro de los aspirantes republicanos a la candidatura presidencial. Uno de ellos, Mitt Romney, es el hombre del “establishment”, de los poderes fácticos. Newt Gingrich resulta particularmente atractivo para los seguidores del Tea Party y para aquellos evangélicos suficientemente generosos de espíritu para perdonarle sus matrimonios y divorcios. Rick Santorum es el candidato de los más religiosos, mientras que en cuarto lugar el septuagenario y para algunos excéntrico Ron Paul apuesta a ser, una vez más, candidato independiente cuando acabe el circo de las primarias republicanas.

En distintos momentos de la contienda los expertos han dado como favoritos a Romney, a Gingrich y por instantes a Santorum. De los primeros dos se han escrito lo mismo panegíricos que obituarios, más o menos igual de acertados, es decir totalmente inexactos.

En el subbaja electoral lo más seguro es que el favorito hoy sea el desahuciado mañana. Lo que los expertos se niegan a reconocer es que así es como deben ser las cosas.

*El autor es analista político.
Twitter: @gabrielguerrac



Juegos de poder

LEO ZUCKERMANN*

De cómo México pierde y Slim gana

Es un escándalo: México tiene los precios más caros de las telecomunicaciones de los 34 países que conforman la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Y si pagamos mucho los mexicanos por los servicios de telefonía fija y móvil, además del acceso a banda ancha, se debe a la dominancia que tienen las empresas de Carlos Slim en estos mercados.

No es gratuito que el propietario de Telmex y Telcel sea el hombre más rico del mundo. Desde que se privatizó la telefonía fija en México en 1990 -con un título de concesión que además otorgaba el derecho de explotar la telefonía móvil, en ese entonces casi inexistente-, Slim ha acumulado una vasta fortuna producto de sus prácticas monopólicas. Como durante mucho tiempo fue la única compañía telefónica, sin competencia alguna, estableció precios caros y, gracias a esto, acumuló rentas extraordinarias. Es cierto que hoy en día Slim ya no tiene el monopolio de las telecomunicaciones en México pues

no controla el 100% del mercado. Pero sigue siendo el jugador dominante con el “80% del mercado de telefonía fija y 70% del de telefonía móvil”. Esto de acuerdo al “Estudio de la OCDE sobre políticas y regulación de telecomunicaciones en México” publicado ayer. Se trata de un análisis serio, elaborado por la Dirección de Ciencia, Tecnología e Industria de la OCDE, a petición del gobierno mexicano. Lo elaboraron especialistas internacionales en la materia que siguieron criterios académicos y estándares rigurosos de investigación.

Vale mucho la pena el análisis de este estudio. Comienzo con un dato escandaloso: “La pérdida de bienestar atribuida a la disfuncionalidad del sector mexicano de las telecomunicaciones se estima en 129 200 millones de dólares (2005-2009), es decir, 1.8% del PIB anual”.

¿A qué se debe esta pérdida que hemos tenido que asumir todos los mexicanos? Responde el reporte: “México desmerece cuando se le compara con otros países de la OCDE que han desarrollado mercados más abiertos y competitivos, y que han distribuido los beneficios resultantes a los consumidores”. Y es la falta de competencia en el sector la que “ha dado por resultado una escasa penetración (suscriptores por cada 100 habitantes) en los mercados de telefonía fija, móvil y de banda ancha, lo que coloca a México en los lugares 34, 33 y 32, respectivamente, de los 34 países de la OCDE”.

Slim, por un lado, obtiene ganancias extraordinarias que casi duplican el promedio de la OCDE: “En 2008, Telmex registró un margen de ganancias antes

de intereses, impuestos, depreciaciones y amortizaciones (Ebitda) de 47%, mientras que el margen promedio de los principales operadores en los países de la OCDE fue considerablemente menor. Por ejemplo, el promedio de Canadá, Francia, España, Suecia, Reino Unido y Estados Unidos fue de 28%. En 2008, Telcel, el principal operador de telefonía móvil en México, alcanzó un margen de Ebitda de 64%, mientras que el margen promedio de los operadores de telefonía móvil en otros países de la OCDE fue de 37.6%”.

Pero, por otro lado, Slim no invierte sus ganancias extraordinarias en mejores redes: “Respecto a la inversión per cápita en telecomunicaciones, México ocupó el último lugar, mientras que la demanda acumulada y la necesidad de una cobertura más amplia crearían expectativas de un programa de inversión más ambicioso. La suma acumulada de inversión per cápita en telecomunicaciones durante el periodo de 2000 a 2009 ascendió a 346 dólares, comparada con el promedio de la OCDE de 1 447 dólares”.

El estudio de la OCDE revela que Slim es uno de los monopolistas más exitosos de la historia: Precios caros, rentas extraordinarias, poca inversión y servicios deficientes. Pero Slim no tiene la culpa. Él, como empresario, está en su papel de acumular dinero; entre más, mejor. En este caso “no tiene la culpa el indio sino el que lo hace compadre”, es decir, el Estado mexicano que ha tolerado las prácticas monopólicas en el sector telecomunicaciones, de lo cual hablaré mañana.

*El autor es analista político/profesor investigador del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).